



Jaime Eyzaguirre en el Recuerdo

AL RECIBIR una invitación para participar en una mesa redonda sobre la obra de Jaime Eyzaguirre, el recuerdo de su persona y de su trabajo me vuelve a la memoria. Vinculado a él por cierta relación de parentesco, tuve, además, la suerte de tenerlo de profesor en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.

Su sólida formación intelectual no le impedía ser un hombre de una gran pasión. Al contrario, ambos aspectos se nutrían mutuamente. El centro espiritual de su persona irradiaba a plenitud a la totalidad de su existencia, transformando la tarea académica, normalmente seca y aseptica, en verdadera "vida" intelectual, con su dosis de energía, nervio y pasión.

Manejaba diestramente la polémica y la ironía era un arma temible en sus labios. Pero, más allá de este exterior un poco duro y distanciado, pudimos apreciar en largas conversaciones, a lo largo del Parque Forestal (al ir de la Escuela de Derecho a la Universidad Católica y Viceversa), y en la quietud de la extraordinaria biblioteca de su casa en la calle Seminario, una finura espiritual y una inquietud intelectual que impresionaban y atraían.

No sé qué atraía más de su personalidad, si su pasión en la defensa de los valores espirituales y religiosos fundamentales, o, la extraordinaria erudición que exhibía en lo relativo a los temas históricos de su predilección, o, por último, el vivaz estilo literario que le permitió escribir algunas páginas que seguramente pertenecen a lo mejor de la prosa chilena.

Su concepción de la hispanidad (que por cierto le permitió superar en su trabajo histórico una serie de prejuicios de la historiografía decimonónica) juega en la perspectiva de su pensamiento un papel central: "España, hija de Roma y nieta de Grecia, fue el cordón umbilical que ató la patria en germen con la vieja Europa plebética de cultura. Por esa vía lle-

gó la lengua castellana que allí cantara las gestas medievales y que aquí se alzó atónita ante el plural heroísmo de la guerra de Arauco. Por el mismo conducto alcanzó a estas latitudes el derecho, para marcar las fronteras del orden y la libertad, del poder y la justicia, por igual cauce adivino el cristianismo en afanoso anhelo de moderar las discrepancias, de sanar con amor las heridas de la lucha armada, de hacer de poderosos y débiles seres iguales en esencia, emparejados por el implacable rasero de la muerte y el objetivo juicio de Dios". (Hispanoamérica del dolor.) Lo hispánico no es, sin más, lo español: es la vía que abre al ibérico la dimensión universal y que le otorga, a la vez, un sello propio. Entre otras cosas se expresa en el valor superior que se otorga a lo trascendente espiritual y religioso, y a lo ético, en relación a lo temporal, al "mundo" y sus exigencias.

A este respecto, gustaba citar el verso de Calderón:

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.

Hay un tipo de hombre que corresponde a esta concepción de la vida, es el caballero, o, más bien, el hidalgo. Eyzaguirre lo describe con trazos que parecen corresponder a la inspiración de El Greco en sus pinturas de los caballeros castellanos, como El entierro del Conde de Orgaz o El caballero de la mano en el pecho: "Refiriéndose las Partidas al significado de hidalgo, dicen que: 'algo quiere decir, en lenguaje de España, como bien; por eso los llaman hijosdalgo, que muestran a tantos como hijos de bien'. La hidalguía —subraya nuestro historiador— importa, más que una rai-gambre genealógica, una herencia de bien que hay que actualizar permanentemente con los hechos. Porque la hidalguía es como un proceso moral en perpetuo movimiento, que camina de

generación en generación y que se pierde con la falta de cultivo. Hidalgo es el hombre que sueña la aventura del bien y que tiene el honor muy a flor de piel, aunque apenas cubra a ésta con harapos. Hidalgo es el que no vacila en la defensa de la verdad, aunque le vaya en ello la hacienda o la vida. Hidalgo es el que tiene un ideal (y aquí a sus alumnos nos parecía divisar al Quijote avanzando imperturbable, como el caballero del Durero, entre el diablo y la muerte) al que ajusta su existencia sin que las transacciones interesadas o el temor le reduzca el propósito. Hidalgo, en fin, no es el que habla al exterior con ademanes fingidos o atildados, sino el que vuelca hasta fuera el hondo contenido del alma". Y concluía: "Y es que el hidalgo, expresión suprema de la raza, guarda en ésta toda su filosofía de la vida, su conciencia de igualdad esencial y alta dignidad de la especie humana. Para ella el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Sus actividades pueden ser diversas, su posición económica varia, su color de piel distinto, pero en todo hombre latén un contenido substancial idéntico y un mismo derecho a alcanzar la bienaventuranza eterna como meta suprema. De esta suerte, como el honor es una cualidad inherente a la naturaleza humana, la expresión visible de su dignidad intrínseca, de él participan todos, nobles o plebeyos, ricos o miserables. El honor, desprendido de ropajes caducos y formas insubstanciales, queda así como un valor recto e intemporal, como patrimonio del alma que se debe sólo a Dios, en la definición de Calderón". (Fisonomía histórica de Chile.)

Hay dimensiones del pensamiento de Eyzaguirre que pueden brindar, más allá de la adhesión o discrepancia en la tarea intelectual, una inspiración moral y espiritual profunda y necesaria.

Enrique Munita R.

Al. Ch. Concepción, 24-XI-1949 d. 3. 672 382

Jaime Eyzaguirre en el recuerdo [artículo] Enrique Munita R.

Libros y documentos

AUTORÍA

Munita R., Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jaime Eyzaguirre en el recuerdo [artículo] Enrique Munita R.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile